

El espíritu de la economía chilena

I

Cuando Diego de Almagro, el primer explorador de nuestro país, se vió obligado a desistir de su propósito de establecer en Chile una nueva colonia española y se encontró poco más tarde, en Cuzco, frente a los inhumanos jueces que lo condenaron a la muerte con el garrote, hizo a sus compañeros la siguiente declaración: «Nunca deseé dineros ni hacienda sino para darlo».

Más tarde, cuando los conquistadores de nuestro país le hacían peticiones a la corona, se repite en ellas hasta el cansancio la expresión que el Rey tenía la obligación de «darles de comer».

He citado estos términos históricos tan célebres, porque ellos caracterizan el espíritu de toda una época.

Cuando hablamos del conquistador español lo pintamos generalmente como una especie de fiera humana, insaciable en su sed de oro, dispuesto a cualquier crimen para hacerse rico, explotador sin misericordia alguna del indio.

En este juicio hay un grano de verdad. El conquistador español es un representante típico del Renacimiento. Pertenece a aquella falange de hombres que quebraron los moldes medievales, cuyas fuerzas apasionadas se volvieron contra lo finito, contra toda la estrechez social y económica que se estaba petrificando en Europa a fines del siglo XV. Realizaron en el campo político y económico el mismo sueño universal que se ma-

nifiesta en los cuadros y esculturas de Miguel Angel y en la arquitectura barroca. No se acomodaban a vivir en el ambiente aldeano en que nacieron, no aceptaban el papel social que su cuna les había reservado. Querían surgir, querían recorrer mares y continentes desconocidos, deseaban dominar y hacerse ricos.

Todo eso es efectivo. Son rasgos que realmente se manifestaron. Pero no es el cuadro completo del conquistador.

Quizás sea conveniente, para completarlo, echar una rápida mirada sobre el estilo arquitectónico que imperaba en la época de la conquista. En España, el renacimiento no se manifiesta puro o al menos, solo excepcionalmente. El estilo genuinamente español es el plateresco, es decir, un estilo complejo, constituido principalmente por tres diferentes componentes: el renacimiento, el mudéjar y el gótico. El mudéjar, a su vez, es otro estilo sintético, medio árabe y medio gótico.

No debe creerse que esta síntesis sea algo casual, una mera coincidencia. Los pueblos de alta cultura tienen una sensibilidad sumamente desarrollada en asuntos estilísticos. No son eclécticos, desenvuelven formas artísticas que estén en armonía con sus propios ideales, que sean verdaderos símbolos de su alma.

Es exactamente el caso de España. El conquistador es un representante del nuevo estilo cultural. Reune en sí los tres elementos que

se manifiestan en la arquitectura de la época.

Quiere romper los moldes medievales, pero no logra hacerlo en forma perfecta. Conserva en sí numerosos rasgos de la época anterior. Desde luego, para él la religión no es un asunto formalista, como para el italiano del siglo XVI, en cuyos cuadros los santos sólo parecen interesar a los artistas en cuanto les permiten estudiar y representar ciertas leyes de armonía. Para el español la religión todavía es cosa viva, que lo penetra hasta las fibras más recónditas de su ser. La experimenta con la sensación de un monje gótico. La mística es el hecho fundamental de toda la cultura española del período de oro. Recientemente, Pfandl lo ha demostrado con un lujo verdaderamente sorprendente de detalles. Aun personalidades tan paganas como Lope de Vega, le profesaban una dedicación íntima y convencida. También el conquistador vivía en el mundo místico. Para él, la realidad de nuestro continente era algo completamente diferente de la realidad nuestra. Si nosotros analizamos la composición geológica de los suelos, la clasificación de la flora y fauna, los grupos de sangre de los indígenas y los recursos que nos ofrece la naturaleza, para el español este paisaje estaba poblado de seres sobrenaturales. El horizonte temblaba de misterios inauditos. Los santos luchaban con él en la batalla. Más allá de lo conocido existía el Dorado, la ciudad de los Césares, brillaba la luz trémula azul de una fe ingenua, pero profunda y verdadera. Eso no es renacimiento, es gótico puro, Edad Media.

En cuanto a la ideología económica, el anhelo de hacerse rico, de extenderse, de crecer sin límites, es un elemento renacentista, una nue-

va idea que viene a destruir el ideal medieval de constituir una sociedad compuesta por castas rígidas. En la Edad Media existía un concepto claro y definido de las rentas. Dentro de cada clase social—los campesinos, los artesanos, los mercaderes, los condes, los duques, etc.—existía igualdad de rentas, pero las clases tenían rentas diferentes. Es decir, todos los condes debían disfrutar de la misma renta, pero el duque tenía una renta superior a la del conde. Era sumamente difícil, para no decir imposible, pasar de una clase a otra.

El conquistador rompe esta organización social. Quiere crecer sin límites, extenderse. Pero este nuevo ideal no es tampoco el moderno. Su afán no consiste en acumular riquezas, en organizar empresas económicas que lleven una vida propia, independiente del individuo. Su anhelo consiste en hacerse rico para gastar las riquezas, para llevar una vida social superior a la de la clase de que surgió. No pretende ahorrar, no le interesa la economía en sí. Quiere poder gastar más, es lo único que pretende. Pero eso es gótico, es medieval.

Tenemos, pues, una síntesis sumamente interesante del espíritu renacentista y del gótico. Finalmente, debemos preguntarnos si existen también síntomas árabes. No dispongo de conocimientos suficientes acerca de la psicología de la cultura árabe para poder constatar esta pregunta. Pero a veces, al contemplar el éxtasis que los españoles le dedican al misticismo, tengo la impresión de que eso no es europeo, que en los cuadros del Greco, por más gótica que sea su concepción, hay un elemento extraño, que en las fábulas del Dorado y de los Césares hay semejanza con los cuentos de Mil y Una Noches. Pero dejo establecido que se trata

de una mera impresión subjetiva.

Lo esencial que se desprende de estas rápidas consideraciones para nuestro tema, es lo siguiente:

1.º El conquistador es un nuevo tipo de hombre que vino a destruir la organización social-económica de la Edad Media, no sometándose a la organización de clases o castas que imperaba en Europa en aquel tiempo.

2.º En su ideología espiritual, sin embargo, no es puramente renacentista, sino que está influenciado por elementos góticos, es decir, por el misticismo religioso que caracteriza a la cultura española del período de oro.

Esta antinomia es, en mi opinión, el hecho fundamental de que tenemos que partir si queremos llegar a analizar el espíritu de nuestra economía chilena moderna.

II

Pasaremos rápidamente revista a los rasgos fundamentales de la evolución secular.

En primer lugar, ¿qué actitud observó el estado español, es decir la corona, frente al conquistador? ¿Lo reconoció o toleró? Podemos afirmar categóricamente que para el rey el conquistador era un simple rebelde. Trató de someterlo sencillamente a la obediencia y de obligarlo a conservar cierta situación social. Isabel la Católica, Carlos V y Felipe II eran místicos. Para ellos, la misión del Estado consistía en cristianizar a los hombres, en someterlos a la voluntad suprema de la ley. ¿Pero disponía la corona del poder para hacerlo? Carlos V sometió a la nobleza y a los comuneros. La Gasca triunfó sobre los encomenderos rebeldes del Perú. García Hurtado y otros pretendieron otro tanto en Chile. Pero entre nosotros triunfó el con-

quistador. La lucha entre la corona y el encomendero fué decidida por el levantamiento indígena de 1598, el hecho más importante de toda nuestra historia. Para no perder la soberanía sobre este lejano territorio, la corona se vió obligada a pactar con el encomendero, a satisfacer sus deseos, a entregarle el indio.

Así surgió la casta gobernante. Desde aquel tiempo, en Chile han gobernado las familias oligarcas. Su poder se basaba en sus latifundios, una especie de pequeños territorios feudales de puro estilo medieval. La idea política del renacimiento fué el establecimiento de un estado omnipotente, la sumisión de las voluntades individuales bajo la voluntad nacional, simbolizada en la persona del monarca. La sumisión del señor feudal y del burgués a la disciplina social, al respeto de la ley, la lucha contra los apetitos individuales desenfrenados.

Entre nosotros el nuevo tipo de hombre llamado conquistador rompió los moldes sociales medievales, rebelándose contra la organización de la sociedad en castas, pero simultáneamente conservó el orden medieval en cuanto a la anarquía social que se vino a imponer. Nuestra oligarquía jamás aprendió a obedecer, porque nadie se lo enseñó, porque nadie disfrutaba del poder para hacerlo. Portales y Balmaceda, que trataron de establecer la idea moderna del estado, fueron sacrificados por el espíritu de rebeldía medieval. Entre nosotros, el individuo se subleva diariamente, en cada instante, contra el orden social. El problema que Isabel y Carlos V resolvieron en España, Luis XIV en Francia y Federico el Grande en Prusia, no ha encontrado solución entre nosotros. Este hecho es la consecuen-

cia del levantamiento de los indios en 1598. Desde aquel tiempo, aun en plena Colonia, hemos sido gobernados por una casta social que está extra legem. Aun la emancipación de España no ha sido más que una rebelión de las familias pudientes contra su legítimo señor y amo, perfectamente comparable a la revuelta de los Pizarro en el siglo XVI.

Os llamará la atención que me haya extendido tanto en analizar un problema que parece ajeno al tema de esta conferencia. Pero, en verdad, este asunto político está íntimamente ligado con nuestra evolución económica.

El español pretendía, como ya vimos, hacerse rico. Para ello era necesario que se dedicara a la explotación de aquellos productos que permitían ser transportados a Europa. Dado los gastos que en aquel tiempo demandaba la navegación, sus peligros y lentitud, los productos exportables se limitaban a los minerales preciosos, el oro y la plata. Por consiguiente, el español se convirtió en minero. Es decir, su espíritu aventurero, sumamente desarrollado en sí, fué exaltado todavía por la índole de la profesión que predominó. El minero vivió de la esperanza de encontrar tesoros enterrados en la tierra, de hacerse rico de un día al otro, de poder llevar una vida de derroche, de gran señor. Es el prototipo del hombre emprendedor dispuesto a todo sacrificio personal, con el fin de imponerse, de realizar alguna vez la quimera del oro.

Este anhelo del conquistador se impuso, como ya vimos, al deseo de la corona de someterlo a la voluntad del Estado y de reprimir su egoísmo por medio de la constitución de una clase social que comprendiera a los vasallos de la corona en este continente.

Pues, debo agregar que las Leyes de Indias, que son un documento importantísimo para conocer los deseos de la corona, pero no la realidad, habían ideado un sistema económico-social sumamente interesante. Sus fundamentos son los siguientes: el español debía llevar una vida independiente de la del indio, dedicándose primordialmente a la agricultura. Se ideaba una constitución agraria semejante a la que prevalecía en aquel tiempo en España, es decir, cada colono recibía un solar urbano y diferentes lotes de tierras alrededor de la aldea, destinados a varias clases de cultivos. Se mantenían dehesas comunes para todos los vecinos. Había dos clases de colonos, de diferente categoría social: la mayoría de ellos recibían una peonía; los más aventajados, una caballería. En las aldeas debía haber pequeños artesanos y mercaderes. En situación privilegiada frente a estas clases sociales y profesionales se encontraban los encomenderos, es decir, los conquistadores y sus descendientes, que, de cierta manera, constituían la nobleza criolla. Primitivamente, la encomienda era una simple cesión que el monarca hacía a sus servidores caracterizados, con el fin de que ellos percibieran el único impuesto que debían pagar los indígenas, una capitación. De ninguna manera la encomienda comprendía el derecho de obligar al trabajo a los indios.

Como se ve, se trata de una organización social muy semejante a la medieval. Al analizarla, creemos contemplar las aldeas góticas con su horizonte limitado, su diferenciación social, su vida económica estrecha y patriarcal. La institución de la encomienda tiene gran semejanza con la organización feudal de la Edad Media, pero modificada en el sentido de limitar los

derechos individuales y de extender la influencia del estado. Son éstas las ideas que con tanto cariño perseguía Isabel la Católica en su misticismo visionario y que trataron de realizar Carlos V y Felipe II.

Pero, como ya vimos, este programa quedó en el papel. En nuestro país se impuso, en forma absoluta, el encomendero. De aquellas bellas ilusiones del monarca no se llegó a realizar ninguna. El español se apoderó sencillamente del indio y lo hizo trabajar en su beneficio. En Chile, en especial, lo obligó a explotar por su cuenta los lavaderos de oro. De esta manera, el conquistador obtuvo una mercadería de exportación de primer orden que le permitía pagar las manufacturas europeas que necesitaba para su vida. La explotación agrícola no le interesaba sino en cuanto era necesaria para su propio sustento. No había mercado donde vender el exceso de producción. Por lo tanto, esta clase de productos no tenía ningún precio.

Sobrevino el levantamiento de 1598. Por aquel tiempo, los lavaderos de oro fueron abandonados, ya sea por falta de brazos, debido a que los indios huyeron de la tierra poblada por españoles o por un agotamiento efectivo de las reservas de oro.

La trascendencia de este hecho consiste en que los españoles ya no pudieron disponer de una mercadería de exportación a Europa. Por consiguiente, disminuyó su standard de vida, se vieron obligados a modificar el tren de su vida, a concentrar su interés en torno a la agricultura, a acomodarse a una vida rústica y sencilla. El resultado fué la formación de los latifundios. Los criollos les arrebataron sus tierras a los indígenas y

los obligaron a vivir con ellos, los convirtieron en inquilinos.

Esto significa que el espíritu económico de los primitivos conquistadores experimentó un cambio radical. La mentalidad del minero—que era la dominante en el siglo XVI—fué reemplazada por la del latifundista. Sin que desapareciera la conciencia de dominar ampliamente y de no existir ningún poder bastante potente para oponerse a su voluntad,—pues el encomendero, debo repetirlo, había vencido al Estado—, esa exaltación individualista del siglo XVI fué moderada conforme al cambio de ocupación. La vida rural, la dedicación a los cultivos y a la ganadería le imprimen al individuo un carácter diferente. El español asentó raíces en la tierra chilena, raíces profundas. El paisaje del valle central, ese paisaje de líneas suaves, cuyos colores son mitigados por la luz oscilante de un sol clemente, ese paisaje lleno de encantos, que lo aprisiona a uno, que nos brinda su feracidad extraordinaria, dominó el espíritu anárquico del conquistador. Y aun en la zona de los valles profundos y abruptos del norte, en que los contrastes topográficos podrían exaltar las pasiones de los hombres, la luz produce el mismo efecto apaciguador.

Así el español llegó a establecer un *modus vivendi* con el indio. Primero, las relaciones entre ambas razas habían sido las de amo y siervo, ahora se transformaron en patriarcales. Las mujeres, la chicha y los mingacos han desempeñado un papel importantísimo en producir la amalgama. El resultado fué la formación de la raza chilena, cuya génesis data del gran levantamiento de 1598 y la que ya estaba perfectamente formada a fines del siglo XVII.

Frente a las actividades agrícola-

las, las demás ramas de la economía eran de una importancia absolutamente secundaria. Fuera de Santiago, cuya población a fines del siglo XVII no era superior a unos 6,000 habitantes, las demás aldeas eran simples rancherías. Cada hacienda se abastecía de lo necesario por su propia producción, de manera que casi no había comercio. La minería se ejercía especialmente en la región del norte, sobre la base de pequeños establecimientos-talleres que ocupaban un número reducido de obreros, pertenecientes, por lo general, a las mismas haciendas. El país vivía en un régimen económico casi natural, es decir, caracterizado por la autarquía de cada hacienda y muy escasas transacciones. Un pequeño excedente de la producción nacional era exportado al Perú, especialmente el sebo, por lo cual Vicuña Mackenna ha denominado a este período, con mucha razón, «el siglo del sebo».

¿Cómo se producía en esas haciendas? ¿Era el español el que le daba las directivas al obrero indígena? ¿Qué normas se aplicaban en la organización de las haciendas?

Debemos analizar en este lugar un problema que está relacionado con la materia fundamental a que se refiere mi conferencia.

III

Al estudiar la psicología del conquistador, había llegado a dos conclusiones:

1.^a El conquistador es un nuevo tipo de hombre que vino a destruir la organización social económica de la Edad Media.

2.^a En su ideología espiritual, sin embargo, no es puramente renacentista, sino que está influenciado por elementos góticos, es decir, por el misticismo religioso que

caracteriza a la cultura española del período de oro.

El primero de estos aspectos ya lo hemos abordado. Nos debemos ocupar ahora del segundo.

¿Qué tiene que ver el misticismo religioso, se preguntará, con el espíritu de la economía? ¿Qué tiene que ver la religión con la vida material? Y quizás se conteste que nos estamos moviendo en un círculo, o al menos sobre un plano abstracto y genérico, desligado de la materia que estamos tratando, pues es sabido que, p. ej., Spengler y otros han demostrado que los hombres se pueden dividir en dos categorías: los héroes y los santos, los hombres de acción y los ideólogos, los que manejan la espada o los que luchan con el pensamiento y la razón. Entre ambos no habría transacción posible, pues se trataría de dos mundos opuestos en absoluto, irreconciliables.

Sin embargo, por más exacta que sea esta clasificación, la tragedia de España, y por ende, la nuestra, consiste en haber tratado de realizar esta transacción. El conquistador español es, además, monje, y el monje combate también con la espada. El resultado de esta situación no es una síntesis, sino que es igual a cero. Las diferentes partes contradictorias del alma española se aniquilan recíprocamente. Véase *España Virgen* de Waldo Frank.

El conquistador español comenzó a edificar un nuevo mundo. Destruyó la organización social-económica de la Edad Media, pero no terminó su obra. Se detuvo a medio camino. Lo lógico habría sido dedicarle todo el interés al desarrollo de la economía, pues su afán consistía en hacerse rico, en extenderse y crecer. Lo natural era aplicarle a esta tendencia todo el saber de la ciencia. Es decir, desarrollar

las matemáticas, las ciencias naturales, aplicar fórmulas, inventar nuevos procedimientos técnicos, organizar la contabilidad, dedicarle a la empresa económica todo entusiasmo y cariño imaginable, considerarla como parte integrante de su personalidad, vivir para ella.

Es eso lo que hicieron, primero los italianos y los franceses, después los anglosajones y finalmente los germanos. Fué esa en aquellos países la consecuencia lógica, inevitable del renacimiento, pues de él data nuestro mundo moderno.

Pero mientras que Leonardo da Vinci, a fuerza de sus preocupaciones estéticas, trataba de inventar el aeroplano, el conquistador español, que aspiraba a hacerse rico, leía libros místicos.

El español parece no haber omitido esfuerzo para que el mundo de los números, de las leyes científicas y técnicas no invadiera la órbita de su pensamiento. Y cuando se le presentaban tales problemas, los resolvía místicamente. Así, p. ej., ya a principios del siglo XVI se dió cuenta de la importancia que tendría la construcción de un canal en el Istmo de Panamá. ¿Pero cómo trata y resuelve la cuestión? Muy sencillo, en forma mística. «Lo que Dios separó no lo debe unir el hombre», dice. Punto. No vuelve a preocuparse más del asunto.

Si hace progresos técnicos, ellos se incorporan furtivamente a su acervo intelectual, por acostumbramiento lento y secular. Más o menos así como piensa poder apropiarse el capital mediante una inflación, que nadie siente en un principio.

En el fondo, es el mundo gótico que permanece vivo en el mundo español y que compenetra las tendencias renacentistas, anulándolas.

Esta actitud mental no es de ninguna manera absurda. La vida

nos ofrece en cada instante infinitos problemas, tan numerosos que es absolutamente imposible que nos dediquemos simultáneamente a solucionarles todos. Cada fase cultural se caracteriza por la selección que efectúa, por los grupos de asuntos que enfoca. Europa despreció las materias góticas y dedicó su interés primordial a las ciencias exactas. España comenzó a evolucionar en el sentido del renacimiento, pero trató de mantener el gótico. Finalmente, el gótico anuló las nuevas tendencias y se aniquiló él mismo. Se paralizó la vida espiritual, se produjo la decadencia de España. Esa es, sencillamente, la tragedia de España.

Para el hombre gótico, las actividades económicas son inmorales, en cuanto se extiendan más allá de lo necesario para el propio sustento. Os citaré al respecto la opinión de una autoridad tan indiscutible cual la es Fray Luis de León: «Se ha de entender que los hombres hacen renta y se sustentan o viven, o de la labranza del campo, o del trato o contratación con otros hombres. La primera manera de renta es ganancia inocente y sancta ganancia, porque es puramente natural, así porque el hombre come de su trabajo, sin que dañe ni injurie, ni traiga a costa o menoscabo a otro alguno. . . La otra ganancia y manera de adquirir, que saca fruto y se enriquece de las haciendas ajenas, o con voluntad de sus dueños, como hacen los mercaderes y los maestros y artífices de otros oficios, que venden sus obras, o por fuerza y sin voluntad, como acontece en la guerra, es ganancia poco natural, a donde las más veces interviene alguna parte de injusticia y de fuerza». (*La perfecta casada*).

El conquistador no se sometió

a esta manera de pensar, pues para él la guerra contra los infieles era una causa santa, y tampoco consideraba como inmoral su afán de acaparar riquezas, las que, en su opinión sólo eran una recompensa por los servicios que estaba prestando a la corona y la iglesia.

Pero como su noción era esencialmente anti-científica y anti-técnica, o mejor dicho, como para ella no existía la concepción científica y técnica del universo, sino la mística, tenía forzosamente que actuar económicamente aplicando las formas góticas. En realidad, el conquistador no se preocupó de la economía. Su función como latifundista, como minero y como industrial, se limitaba a hacer trabajar al indio y a arrebatarle una parte del producto de su trabajo. En un principio—en los lavaderos de oro—le quitaba el producto íntegro de su esfuerzo; más tarde, cuando se moderaron las relaciones entre ambas razas, se contentaba con una parte de él.

Esto significa que el latifundista no se convirtió en el jefe, el director de las faenas, como en las colonias anglosajonas u holandesas. El español y el criollo se consideraban señores feudales. Tal como los caballeros medievales, todo su interés consistía en obtener rentas derivadas del trabajo de sus vasallos y campesinos adscritos a la gleba. Así el indio llegó a imponer sus métodos de explotación y su sistema de trabajo. Las haciendas se componían de pequeñas células, formadas por las familias de inquilinos que trabajaban aislada e independientemente. El hacendado ni siquiera necesitaba preocuparse personalmente de su hacienda. Podía llevar una vida de relativo lujo en la capital, sin preocupaciones económicas, dedicado a la vida social, a la política y al culto religioso. La

supervigilancia de la hacienda se la encargaba a un administrador. Pero aun éste, muchas veces tenía poco interés por lo que ocurría en la hacienda, limitándose a supervigilar a los mayordomos y sayapayas, que, a su vez, supervigilaban al indio. Tenemos así tres clases sociales que viven de la cuarta, sin que participen en la organización económica mediante algún esfuerzo intelectual. Este orden es maravillosamente medieval, se encuentra en perfecta armonía con la organización feudal.

Veo que me he extendido demasiado en analizar el espíritu de nuestra economía durante el período colonial, ocupando la mitad de esta conferencia en este estudio. Pero quisiera dejar establecido que esta mitad del tiempo que le he dedicado a esta materia la he empleado solamente porque le atribuyo esta proporción de influencia a los residuos coloniales en nuestra economía moderna, como luego veréis.

IV

En el curso del siglo XVIII se modifican lentamente los fundamentos de nuestra economía. Los sistemas económicos de Francia y de Inglaterra adquieren, crecen impulsivamente y se extienden más allá de las fronteras nacionales, hasta nuestras playas. Se inicia un comercio de contrabando, sumamente activo. La economía decadente de España no era capaz ni de adquirir la producción de sus colonias ni de surtirlas de los bienes de consumo que necesitaban. Por consiguiente, el contrabando adquirió gran popularidad y fué considerado como una actividad perfectamente decorosa, ya que sus beneficios eran inmensos para las colonias. Simultáneamente aumen-

tó la población, especialmente de las ciudades (Santiago contaba a fines de la Colonia más de 30,000 habitantes), incrementó el comercio con el Perú y se comenzó a desarrollar lentamente el sistema capitalista, basado en la circulación del dinero y las transacciones de los bienes. Llegaron a Chile numerosas familias del norte de España que se dedicaron al comercio y que se caracterizaban por un marcado espíritu de progreso. El resultado de esta evolución fué la emancipación de España, organizada y realizada por las familias criollas que se dieron cuenta que su interés material sería favorecido abriendo las fronteras del país al intercambio con todas las naciones del mundo.

El atraso en que nos encontrábamos en aquel momento con respecto a las demás naciones europeas, era manifiesto.

¿En qué consistía? Veamos la situación de Europa en 1810.

El pensamiento europeo, hemos visto, siguió desde el renacimiento un camino diferente del español. Mientras que éste le dedicó su más noble pasión al análisis de los más recónditos ángulos del alma humana, vagando en los mares sin límites del misticismo, la razón europea se volvió matemática. El sentimentalismo medieval fué substituído por el realismo racionalista. Primero, por mero deleite intelectual. Descartes jamás se habría imaginado que sus descubrimientos matemáticos llegarían a tener alguna vez aplicación práctica, pues de ellas se deriva nuestro automóvil y nuestro avión. Y tampoco habrían concebido los matemáticos del cinquecento que sus fórmulas alguna vez llegarían a constituir el alma de la empresa económica moderna. Pero el siglo XVIII inició la aplicación práctica de esas fantasías creadas por la imagina-

ción humana. Para nosotros, los hombres del siglo XX, estas aplicaciones son algo natural. Pero en el tiempo en que se efectuaron por primera vez, representaban un acto revolucionario, tan revolucionario, que todo un pueblo—el español—las consideraba como un sacrilegio y se negó a seguir por ese peligrosísimo camino, a igual como el pueblo chino o hindú se resisten a atribuir una valoración superior a nuestra civilización moderna.

Pero una vez iniciada está evolución, ya no cabía vuelta. Desaparece el mundo gótico en Europa. Se aplica deliberadamente el criterio científico a las actividades económicas, las que llegan a ocupar el lugar de preferencia en el pensamiento humano. El bienestar material viene a ser la preocupación preferente de los pueblos. Para el conquistador, a pesar de todo, la salvación del alma era la aspiración suprema.

El europeo mantenía vivas sus fuerzas intelectuales. Esto se manifiesta en el dinamismo avasallador que le imprimió a su evolución económica. Dentro de unos pocos decenios se transformó completamente la estructura económico-social. Las naciones enteras fueron utilizadas en aumentar la potencia económica. La técnica celebró triunfos inauditos. Se llegó a dominar casi absolutamente las fuerzas naturales, utilizándolas para mejorar la situación económica del hombre. La aplicación de las ciencias se hace con plena conciencia de sus leyes.

Al principio, materializada la esencia de la economía se espiritualiza cada vez más. Primero se limitaba al mundo tangible, físico. Los valores estaban representados por valores materiales, por las máquinas, las instalaciones, las tierras, el ganado. Hoy en día esos

valores materiales ya no son lo más importante. El dinero, que en un principio consistía en metales, se ha convertido en una categoría abstracta, en un mero número que se contabiliza en las cuentas bancarias. Se ha separado completamente del material de que se elaboran sus signos representativos. La empresa tiene un valor independiente de los bienes materiales que le pertenecen. Su valor ideal se compra y vende como el trigo, el cobre o el salitre, llámese goodwill, razón social o como se quiera. El éxito y la influencia de las grandes empresas no consiste en los bienes materiales de que disponen, sino en sus formas de organización, los inventos que les pertenecen, las relaciones que han establecido. Hay, pues, evidentemente, una espiritualización de la empresa.

¿Qué participación hemos tenido nosotros en esta evolución? Ninguna. Ni siquiera comprendemos en qué consiste la esencia de la economía moderna. Negamos rotundamente que existan valores económicos que no sean materiales. Creemos que el progreso económico es un problema de acumulación de bienes y nos sorprendemos que un país tan fértil y maravillosamente dotado de bienes naturales, no haya logrado desarrollar un sistema económico nacional, dependiendo en su bienestar económico de la buena voluntad o del interés de otras naciones.

En el fondo, es un problema de organización del cerebro humano. La arquitectura gótica comenzó su desarrollo con el románico, cuyas creaciones son severas, rígidas, pesadas. En el curso de una evolución secular esta estructura arquitectónica fué espiritualizada cada vez más, hasta producir en el siglo XV aquellas obras de filigrana sutilísima, en que la materia desapa-

rece, esfumándose en un cántigo místico a la divinidad. Esta evolución se repitió exactamente, hasta los detalles, en la economía europea de los últimos siglos. El mundo material está desapareciendo, y Einstein ya cree haber reducido la esencia de toda la ciencia a una sola fórmula, tan bien como la arquitectura gótica resume los elementos arquitectónicos en una sola creación, cuyas partes han sido convertidas en elementos orgánicos de un conjunto.

En el momento de nuestra emancipación política, no habíamos participado en este movimiento europeo. Los mejores espíritus de aquel tiempo se daban cuenta de nuestra situación. Don Manuel de Salas trataba de organizar una Academia en que se enseñaran los rudimentos de las matemáticas, iniciativa que ni siquiera fué comprendida por sus contemporáneos.

Nuestra situación en 1810 fué igual a la del Japón al abrir en 1868 sus fronteras a las naciones occidentales. Los triunfos de Europa habían sido tan evidentes, tan manifiestos, que no cabía ya otra solución que la de europeizarnos. España había perdido la fe en su misión. La anulación de los diferentes elementos que componían su estructura espiritual había sido tan completa, que se paralizó hasta su vida material. La llama sagrada del misticismo se apagó lentamente. Nadie pensaba más en cristianizar a los infieles. En el fondo, la vida había perdido su sentido.

En 1810 se impuso, finalmente, la convicción de que era necesario cambiar de rumbos. Don Manuel de Salas, el economista más importante de nuestro pasado, tuvo una visión clara y precisa de esta necesidad y la proclamó, ya antes de 1810, en forma visionaria: «Disponiendo de puertos y de comercio,

nos podemos considerar situados en el centro del mundo».

Estas breves palabras encierran en sí el problema del siglo XIX y aún de nuestra actualidad, pues el proceso de transformación fué lento y todavía no está terminado.

Todavía impera en nuestra ideología el espíritu del conquistador. Desde luego, la rama básica de nuestra economía, de la que vive la mayor parte de nuestra población, ha mantenido una estructura casi netamente gótica. Me refiero a nuestra agricultura. El 78% de nuestra superficie agrícola le pertenece a 2,600 familias que poseen predios de más de 1,000 hectáreas de extensión. Las formas de explotación son, por lo general, anticuadas. Las haciendas no constituyen conjuntos orgánicos, no son explotadas en forma racional, de acuerdo con un plan ideado y realizado por una cabeza, sino que se componen de numerosas pequeñas células constituidas por las familias de los inquilinos que tienen a su cargo el cultivo de pequeñas parcelas. Los métodos científicos se aplican en forma rudimentaria. No existe una organización de las ventas. La producción es anárquica. No se trata de obtener productos estandarizados, de alta calidad, que tengan fácil salida al mercado mundial. Se trabaja poco. Gran parte de las tierras se cultivan con un intervalo de varios años.

Sé que los agricultores contestan a esta crítica que hay excepciones al respecto y que, por lo demás, las condiciones naturales de nuestro país nos obligan a cultivar las tierras en esta forma. En cuanto al primer argumento, estamos de acuerdo: hay numerosas excepciones que nos honran. En cuanto al segundo, contestaré así: el agricultor europeo del siglo XVIII explotaba sus tierras en forma idén-

tica como lo estamos haciendo actualmente, pero hoy en día ya no lo hace. ¿Han cambiado las condiciones naturales de Europa? No, lo ha que cambiado es la mentalidad de los hombres. Por consiguiente, lo único que nos faltó es cambiar nuestra mentalidad, para obtener resultados que probablemente superarán a los de los países europeos, ya que nuestro país disfruta de óptimas condiciones naturales.

Nuestra europeización se inició en la minería y en las ciudades, pero todavía no ha trascendido en la debida forma al campo. De esto se deriva la necesidad de que nos preocupemos de la agricultura con mayor interés que lo hemos hecho hasta ahora. Comenzando con la organización de la escuela rural— que todavía no existe—, debemos propender al mejoramiento de los métodos y la organización de la producción y venta, a la subdivisión de las tierras mediante una colonización científica y al fomento de la exportación agrícola, que puede llegar a constituir un rubro importantísimo de nuestro intercambio comercial.

Como es lógico cuando se trata de adoptar un nuevo sistema que se considera superior, la primera etapa está caracterizada por la imitación. Esta manera de la adopción se ha repetido infinitas veces en la historia.

La imitación se caracteriza por dos circunstancias: 1.^a la de ser de sencilla aplicación; y 2.^a la de ser insuficiente.

Es realidad, es fácil copiarle a Europa los resultados de su acción cultural. Hay infinitas formas y fórmulas ideadas que se pueden aplicar mecánicamente, sin necesidad de mayor esfuerzo espiritual. Basta, p. ej., importar una máquina, bastante complicada en su

estructura, pero de muy fácil manejo, para fabricar «medias nacionales», en que lo nacional es la niña que supervigila a la máquina, con el fin de colocarle de vez en cuando los hilos importados y de aceitarla. Una infinidad de métodos y procedimientos pueden ser adoptados de esta manera, y la economía nacional puede obtener cierto provecho de ello.

Pero esta imitación es insuficiente. En numerosos casos conduce a un rotundo fracaso, como los hemos experimentado con tanta frecuencia. Estos fracasos se deben a dos motivos:

1.º Las condiciones naturales jamás son idénticas en todas partes, y, por lo tanto, los procedimientos y métodos universalmente aplicables son relativamente escasos. En la agricultura, p. ej., hay que convivir los problemas en íntimo contacto con la naturaleza, desarrollando el espíritu de observación, antes de poder aplicar los resultados obtenidos en otros países, que, en todo caso, tienen que ser modificados, hasta cierto grado, en nuestro ambiente. Con mucha razón se dice que una nueva industria en Chile sólo le viene a producir una utilidad a su tercer propietario, pues los dos primeros agotarán sus recursos en experimentaciones. No es lógico que sea así. Sería, p. ej., absurdo pensar que Chuquicamata o El Teniente hubieran tenido que cambiar tres veces de propietario, antes de producir beneficios efectivos. El hecho se explica sencillamente por la circunstancia de que no poseemos realmente la técnica, de que no aplicamos con plena seguridad y acierto las leyes de las ciencias naturales, sino que las dominamos imperfectamente.

2.º El segundo motivo dice relación con el espíritu mismo de la ciencia moderna. Nuestro conoci-

miento de ella es parcial, pero ella constituye un conjunto orgánico. La aplicación de conocimientos parciales nunca producirá resultados satisfactorios.

Un ejemplo demostrará a qué me estoy refiriendo. En nuestra Universidad se enseña química para médicos, para farmacéuticos, para profesores de Estado y para químicos propiamente tales. Existen las respectivas cátedras con sus respectivos catedráticos y programas especiales. El concepto de una química especial para médicos no lo entiende ningún investigador europeo, es algo típicamente criollo. O se estudia la química como tal, como una disciplina científica completa, o no se estudia nada. Eso no significa que no pueda haber especialización, pues, como bien lo sabéis, la especialización es una de las características de la ciencia occidental. Pero aunque parezca extraño, no puede haber especialización sin haber estudiado previamente la disciplina en su conjunto. Hecho esto, es sumamente sencillo especializarse. Pero así jamás se perderá la noción de conjunto de una disciplina y no se fallará en cada caso especial que se trate de resolver.

Nosotros observamos los resultados de los especialistas y creemos que es cosa sencilla imitarlos directamente, mientras que la verdadera imitación creadora tiene que partir del tronco común, para extenderse de ahí a las ramas y hojas. ¿Cómo vamos a producir hojas si no tratamos de tener primero raíces y tronco?

Exactamente lo mismo nos ha ocurrido con nuestra organización económica. Sin modificar nuestro espíritu colonial, hemos creído poder aplicar los métodos y procedimientos del capitalismo moderno, mediante la imitación directa. La

intención del conquistador iba hacia la obtención de grandes utilidades sin esfuerzo personal. Quería sacarle la crema a la naturaleza, contentarse con el tocino, como dijo un célebre estadista español del siglo XVIII, el conde Aranda. El indio debía trabajar para el español y criollo.

¿Ha variado esta mentalidad en el siglo XIX? Me parece que muy poco. La expansión de nuestro país en el siglo XIX nos permitió exportar algunos productos que durante la Colonia apenas tenían mercado: el guano, el cobre y el salitre con sus subproductos. Por casualidad se descubrieron algunas minas de plata. Estas riquezas eran verdaderos tesoros escondidos en la tierra. Pero los tesoros parecen actualmente agotados, y desde que la explotación de las riquezas naturales demanda un mayor esfuerzo intelectual, los antiguos métodos imitativos han fracasado. Ya no se trata de construir piques de poca profundidad y de extraer los minerales de alta ley con la ayuda del azadón. Es necesario organizar empresas complicadas, adoptar métodos de explotación que exigen el pleno conocimiento de la ciencia y de la técnica. Un cálculo equivocado produciría consecuencias funestas. Ya no se trata de repartir cada peso que se obtenga, es preciso acumular fondos para poder continuar produciendo en el futuro, para poder mantener la existencia de la empresa en tiempos de crisis, para favorecer su crecimiento y expansión. Hay que servirle a la empresa. Hay que trabajar honrada y esforzadamente.

Os quiero hacer la siguiente pregunta: ¿Qué sería de nosotros si por una casualidad Mr. Guggenheim no se hubiera interesado por la explotación de nuestro cobre y salitre? ¿Qué exportaríamos? La

honradez nos obliga a contestar que casi nada.

Es ésta otra de las consecuencias de nuestra manera imitativa de adoptar la civilización europea. En vez de desarrollar nosotros mismos nuestra economía, les hemos entregado nuestras riquezas a los empresas extranjeras que han querido explotarlas. Y nos hemos contentado con vivir de rentas derivadas. El Estado vivió durante varios decenios de los derechos que le producía la exportación de salitre y yodo, que en ese tiempo ya no era una industria nacional. Los particulares vivían a la sombra de ese mismo capital extranjero, ya sea en calidad de sus abogados, contadores, empleados o simples obreros. Pero no había chilenos, salvo honrosas excepciones, que meditaran, que reflexionaran y que actuaran. La situación dependiente envuelve el grave peligro de que los hombres que se dedican a buscarles soluciones creadoras a los problemas sean cada día menos numerosos. Es tan fácil y cómodo someterse a la rutina y al burocratismo si se encuentra a otros que piensen y actúen por nosotros y que todavía nos entreguen una parte del producto de su esfuerzo.

Pero debemos preguntarnos: ¿Es natural y lógico que esto sea así? ¿Estamos destinados a ser los esclavos económicos de otros pueblos más activos y creadores?

He ahí nuestro problema nacional. Es inútil querer substraerse a esta antinomía. Debemos pensarla hasta sus últimas consecuencias y encararlas con honradez y absoluto realismo.

Yo por mi parte no soy pesimista. Acostumbrado a analizar sociológicamente nuestro presente, me he formado la siguiente idea acerca de nuestra situación y su probable solución:

Debido al rumbo especial que tomó la cultura española en su período de mayor madurez, en que se separó de Europa, no hemos experimentado la crisis y el cambio de camino que los demás países occidentales sufrieron en el período del renacimiento. La civilización actual, basada en la aplicación práctica de las ciencias naturales y de las matemáticas, no ha sido creada en nuestra tierra y representa un injerto efectuado en época reciente.

A fines del siglo XVIII se inicia en el mundo ibérico el cambio de rumbo que dos siglos antes se había efectuado en los demás países europeos. Su primera etapa consistió en la imitación directa de los resultados obtenidos en Europa. Su fase actual está caracterizada por una adaptación más profunda. Ya nos hemos saturado de todo lo que se puede adoptar imitativamente. El terreno está preparado para profundizar, para compartir el espíritu mismo de la civilización occidental.

Para conseguirlo, debemos vencer al conquistador que hay en el fondo de cada chileno. Eso significa que en lo político debemos reprimir la anarquía producida por los apetitos individuales desenfrenados, que debemos establecer un Estado que sea suficientemente poderoso para someter a su voluntad, la de los individuos que en la época de los grandes levantamientos de los araucanos vencieron al Estado.

En lo económico, el gran problema consiste en establecer células

—las empresas económicas— dispuestas a crecer. Esto envuelve un nuevo problema de sumisión del individuo: el de que se apronte a servirle a la economía y no de que ésta le sirva a él.

Quizás este segundo aspecto también sea, en el fondo, de índole política. Enrique IV y Luis XIV, en Francia, y Federico el Grande, en Prusia, tuvieron que luchar con el individuo y vencerlo, para someterlo a esta disciplina. Ella no se impone por sí sola. Pero es una verdad indiscutible que en la historia han triunfado aquellos pueblos que lograron obligar a los individuos a someterse a la voluntad nacional, cuya realización, al fin y al cabo, le ha aportado los mayores beneficios a cada individuo.

Seguramente extrañará a muchos de vosotros que haya tratado un problema que parece tan práctico y materialista, en forma tan filosófica. Os pido excusas por haber tenido que hacerlo en esta forma, pero me parece que así la comprensión de nuestro espíritu económico y la solución de sus problemas, se han simplificado enormemente.

Os ruego excusarme igualmente que no haya podido desarrollar con mayor detenimiento muchas de las ideas que he sometido a vuestra consideración. Los que hayan leído mi libro sobre *La eterna crisis chilena*, habrán encontrado en él mayor lujo de detalles y se habrán dado cuenta que el objeto de esta conferencia consistió en enfocar los problemas tratados allá, desde un nuevo punto de vista.